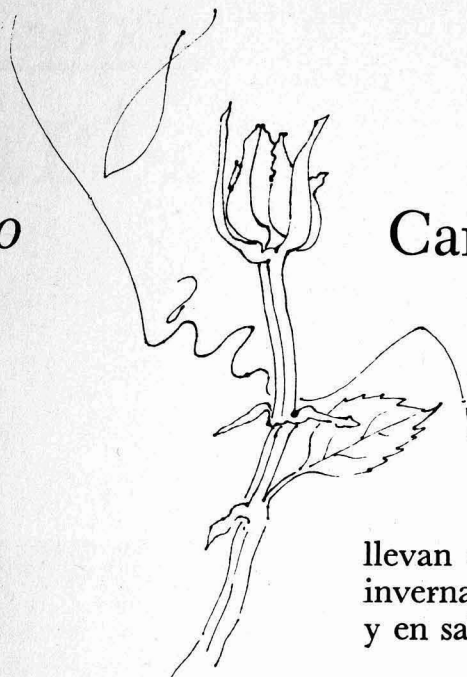




1

Humo de opacas flores, menos sembradas. Y tus ojos. Todo cuanto tengo es de nadie. Mío tan solamente lo que pierdo. Horca, paredón del fusilado. Y estoy alegre porque olvido.

Flores de humo de tus ojos. Cuanto tienes —y el amor— a nadie más le pertenece. Cosa tuya lo que guardaste para siempre. Granero del vino subterráneo. Y estás alegre si recuerdas.

Amor, quemadas flores, humo de altar. Candados melancólicos sobre la mañana que tuvimos. Florece en su cajón el muerto. Y estoy alegre, y me recuerdas, y yo te recuerdo, y estás triste.

2

La primavera de las cosas —purpúrea— relumbra con tus labios. Dulce corona submarina te florece amante las entrañas, y hay un pensar en algo —triste alegremente— tuyo y tuyo, desde tu silencio a tu garganta.

Sola en tus islas, muy de lejos te columbro, y voy, y escucho, y sigo. El remo, las alas, la esperanza desvencijada que me llevan,

llevan el buen camino. Y gano, invernal, en soles como arena y en sales dulcísimas y sombras.

Mañana celeste de las tierras, aire del mar, fulgor nutricio. Más clara que la luz, la antorcha de carne y hueso —aroma— tuya, arde no inútilmente. El canto se cuaja en mis orejas libres, mientras atado me conducen.

3

Cuando te recuerdo, cuando pienso otra vez en ti, se enjambra el mundo, sin estrenar, en torno tuyo. Recién despierta abres el alma y conoces y reconoces la casa, el riesgo, el otro día.

Un mundo en torno tuyo miras; lo miras tuyo y nuevo, cuando pienso en ti, te busco, me ensombrezco. De pan y sueño y luz y espacio —mano a mano en tu mano— llega la tierra a tus ojos en calladas ondas de asombro descubierta.

Hoy respira la mañana, y miro, formándose, la tierra nueva. Relámpagos nuevos de las cosas me encienden las sábanas dormidas todavía. Y tengo entre las manos el futuro del sol. Ahora sé que estás pensando y me recuerdas.